



Justo de la Cueva Alonso

Desfile de cretinos

Estos ministros del PSOE son, todo el mundo puede verlo, traidores a la clase obrera, títeres de los yanquis y del Capital, tramposos que un día antes de las elecciones presumen de que ha disminuido el paro cuando ya saben que es al revés o prometen el polígono de tiro de las Bardenas Reales para desdecirse después. Lo que ya resulta insoportable es que, además, sean cretinos. Cuando por razón de oficio o dedicación tiene uno que estar atento a lo que aparece en los medios de comunicación de masas, se hace insufrible tener que soportar sus paridas. Su demostración repetida de su condición de cretinos le produce a uno híbridos de náusea y de ira.

Por ejemplo. El señor Solchaga, que se cree que es ministro de Industria, enhebra en una entrevista concedida a «Navarra Hoy» las siguientes «perlas»: a) «Esto de ser ministro es muy jodido. No es vida, no.»; b) «Los políticos servimos para bastante poco»; c) «Para ser político muchas veces no puedes decir todo lo que dirías». Este cretino hace una definición de la lucha de clases que le valdría un suspenso en 1º de B.U.P. al «justificar» su afirmación de que «el esquema de la interpretación marxista de la historia es uno de los planteamientos más engañosos». El que se cree ministro de Cultura confunde decimocuarto con catorceavo. Pero tiene la «excusa» de que «es de Ciencias». Pero este Solchaga dice ser y llamarse economista y socialista. No saber lo que es la lucha de clases según Marx (aunque no esté de acuerdo) es como ser ganadero y creer que después de sacar la leche a la vaca hay que tirar el envase. O sea, la vaca.

Es pavoroso. Porque un cretino como ministro es mucho más peligroso que un listo malvado. Que, por lo menos, puede ser predecible.

Como era desgraciadamente de esperar el presidente del Gobierno que ha escogido a esos cretinos es todavía más cretino él mismo. En el número 54 de «Tiempo» el cretino Felipe González le pregunta a su conciencia: «En un Estado como el nuestro ¿qué buscan, a dónde van los terroristas, además de matar? ¿Cuál es el efecto político que ellos dicen perseguir, además de matar?» Y su conciencia le responde lo siguiente: «Primero: es o no posible ese objetivo que dicen perseguir. La respuesta es clara: No es posible. Por tanto, el objetivo no es el que confiesan. Las acciones terroristas están guiadas exclusivamente, pues, por un afán de bandidaje cubierto de

unas ciertas capas de radicalización ideológica. En el fondo los secuestros y los llamados impuestos revolucionarios se producen por un afán de recaudar dinero y las muertes son las medidas de la cobertura ideológica y de la provocación, como hacía la Mafia de Chicago, exactamente igual».

Juro por mi vida que esta sarta de imbecilidades encadenadas en ese demencial escrito está transcrita tal cual aparece en la página 24 del número citado de la revista.

Este cretino no ha oído hablar del vicio del razonamiento llamado «petición de principio». Este cretino ha dicho esto, estoy seguro, con la solemne seriedad del asno solemne, probablemente rematada con la sonrisa imbécil incontenible que exhibe, venga o no a cuento, sólo porque no cabe en sí de gozo por estar donde está.

Este cretino es, ¡terrible asunto!, el presidente del Gobierno del Estado español.

Está enfrentado al problema vasco. Vale decir: está enfrentado al más complejo, enrevesado y enmarañado problema que afronta cualquiera de los jefes de Gobierno de Europa Occidental. No tiene ni la mínima formación exigible no ya a un jefe de Gobierno, a un simple europeo culto. Y ni siquiera es consciente de su ignorancia, de sus carencias. Por el contrario, tiene la imbecil seguridad del que mira al dedo que le señala la luna, satisfecho de ver algo cierto, concreto y bien inteligible. Y cercano.

Este cretino es el jefe nominal de los policías que están en el País Vasco.

Este cretino es el jefe real de los 202 culiparlantes que forman la mayoría absoluta de los Diputados del Estado español.

Este cretino es el presidente del Gobierno español.

De él sí puede esperarse cualquier cosa. De él puede temerse cualquier barbaridad. Un plan ZEN, por ejemplo. El apoyo y el aliento y la cobertura a los torturadores, por ejemplo. Por ejemplo, la tranquila asunción de cualquier traición, de cualquier ruptura de palabra o de promesa, realizada además con la tranquilidad de conciencia del que desconoce el valor y el significado de los conceptos, con la ingenua sencillez del ignorante que corta la aorta a su madre, porque así lo dicen, sin saber que eso es matar.

¡Cuidado con este cretino!